

LA MEMORIA DE LAS MANOS-LUZ

-Eso son púrpuras- ha dicho la doctora de la residencia. Y me ha devuelto tu mano inerte llena de manchas de color malva como continentes en el mapamundi escabroso de su dorso.-

Capilares que se rompen con cualquier golpecito. Es normal a su edad.

Y pienso que todas tus desgracias han sido normales a tu edad.

Pasar hambre en una casa destruida fue normal a tu edad. Malcasarte. Tenerme a mí.

Me miras, aún sentados en la consulta, con esos ojos diluidos, y quiero ver un amago de sonrisa, una mueca que esconda el dolor. Pero no sería verdad.

La doctora repasa los medicamentos en la pantalla del ordenador donde parece estar tu salud, más allá de los débiles latidos de tus venas, de las piernas arqueadas, de tu silencio.

-Duerme mal por las noches-. El insomnio de una mujer soñadora.

La doctora no responde. No está para eso, está para custodiar su supervivencia mediante pastillas que prolonguen sus funciones.

Y, de nuevo, me miras, pero esta vez parece que ves.

Tus manos de púrpura me levantaban un día que no recuerdo para acercarme a tu pecho. Me acariciaron dulcemente cuando la sombra de mi padre se inclinaba de madrugada a la luz de las farolas de las calles solitarias. Se movían como una batuta cuando recitaba la tabla del siete. Protegían tu cabeza de los golpes indiscriminados. Sabías que tras la calma, llegaba la tempestad. Lavaban, planchaba, acarreaban, zurcían, barrían. Manos inquietas que sujetaban mi mundo.

Pones tus manos delante de la cara. Tus uñas quebradas, las articulaciones artríticas, las manchas. Las contemplas como si tuvieran un lenguaje que solo tú interpretarás.

Un día yo también fui mayor, como mi padre y, como él, pensé como un animal sin guarida, en las estepas. Cada tarde en la cañada mi trágico paseo a una muerte a plazos, tomando el dinero que no tenías. Tirado entre jeringuillas, me recogían tus manos hoy tan viejas, en cualquier esquina, abandonado a mis letargos abisales cuando la noche apacible descendía sobre los tejados. Tus manos eran mi esperanza, aunque yo no lo sabía. Tus manos eran lo único que yo de verdad tenía.

Padre suena a piedra. Cuando murió, sentí placer, porque un placer es un alivio. La vida siempre cobra sus facturas. Entonces, yo fui tu única tarea seria. Solo tú me

visitabas en la cárcel. Apoyabas tu mano en el cristal donde yo ponía la mía y su influencia lo atravesaba. Lo sentía.

Nunca me preocupé por ti. El curro en la gasolinera. Mi chica. Y así pasaron los años, tú aparcada en el libro de familia que andará en algún cajón, madre.

Hasta que un día me confundiste con tu hermano. Otro día te encontraron por la calle, perdida, confusa.

Lo único que he hecho por ti no puedes comprenderlo. Organizar lo de la residencia, acompañarte al médico. Reponer tu ropa.

-Todo bien. Revisión en tres meses.

Cojo tus manos para levantarnos, con cuidado, para no teñirlas de púrpura.

En silencio, me obedeces y salimos. Tu cuerpo sin recuerdo, tus manos que entrelazan las mías como rastro del último gesto consciente.

Ahora, yo el adulto y tú la niña, mi triste consuelo es que el olvido te ahorra memoria.